

Traducido de: Johnson, W. (1930). Because I Stutter.
Texto original en inglés disponible en:
<http://www.uiowa.edu/~cyberlaw/wj/bis/wjbisc01.html>

ME DECLARO TARTAMUDO

Autor: Wendell Johnson

Soy tartamudo. No me gustan las otras personas. Debo pensar, actuar y vivir de una manera diferente porque tartamudeo. Como otros tartamudos, como otros exiliados, he conocido toda mi vida una gran pena y una gran esperanza al mismo tiempo y esto me ha convertido en el tipo de persona que soy. Una lengua torpe ha moldeado mi vida y tengo solo una vida para vivir. Además, comparto la suposición de que nos encontramos entre esas personas que no contemplan el suicidio, sino entre aquellas que piensan que la vida está sobre todas las cosas, que la vida es importante y preciosa.

El hombre articulado ha forjado un sistema de lenguaje complicado que tiene una capacidad peculiar para los finos sombreados y combinaciones de significados, para simbolizaciones sutiles. El hombre usa este sistema de lenguaje con el objeto de traducir músculo y nervio en negocios, acuerdos, elegancia teatral, voluntades pasadas y sonetos. Es el material del que los hombres hacen leyes, deifican el azul del cielo y ganan a sus amadas. Es el más grande poder provocado por el hombre bajo el cielo y sin su dominio se arriesga todas las cosas buenas, se arriesga la gran suposición de que la vida es preciosa.

La importancia de tartamudear en un mundo simplista es reafirmada de ese modo. Es para ser multiplicado por siete dígitos, solo en América Latina hay más de un millón de tartamudos. Como uno de ellos, he observado con cierta consternación que ninguno de este millón ha hablado por ellos “para los Espartanos”, ha contado su historia de humor solitario e insospechado patetismo.

Es una historia de significados distorsionados, inimaginables por el mundo en general. Nadie ha admitido con franqueza lo que significa tartamudear.

Intentaré entonces decir que significa tartamudear desde mi punto de vista. Aparte de que no puedo hacerlo con certeza y no correré el riesgo de agregar más sin sentidos a lo que se ha escrito sobre la tartamudez. A los cinco años comencé a tartamudear, sin ninguna razón aparente, y en la actualidad todavía continúo haciéndolo. Observando esa etapa de mi vida, trataré de describir la influencia que este defecto de habla ha ejercido sobre el desarrollo de mi personalidad, mis ambiciones y mis actitudes fundamentales hacia la vida. El período que abordaré es, a propósito, esencialmente una unidad, ya que ha culminado aproximadamente en los últimos meses en una emancipación de la miseria de una lengua tartamuda. Tartamudeo menos que antes y la enfermedad conserva todas sus dificultades pero ya no le tengo terror. Confío que las razones de este logro se puedan percibir en las páginas que siguen.

Sin embargo, no voy a escribir un tratado fundamentalmente sobre las causas y la cura de la tartamudez. Mi objetivo es admitir, hacer una confesión, no hacer más que constatar un hecho subjetivo, para que pueda valer la pena. Confío que serán valiosos los esfuerzos realizados en los campos de la ciencia y del entendimiento humano.

Mediante la descripción de mi propio caso, me orientaré siempre hacia lo relevante. Será necesario en los capítulos siguientes divulgar información de índole muy personal; con toda seguridad, este caso no será tratado como un acto de egoísmo deliberado, ni muchos menos de auto-defensa consciente y dependerá de cierta sinceridad científica, que no será, espero, malentendido por indiscreción personal.

Una investigación de mi historia familiar revela un registro de personas y circunstancias un poco ordinarias. No existen evidencias de casos significativos

de enfermedades nerviosas o mentales; en lo que respecta a la salud física en general, tanto el historial paterno como materno se han caracterizado por ser sanos. No ha habido casos de inteligencia marcadamente baja y aparte del abuelo materno que escribía poesía y del primo del abuelo que era un Barón Sueco, no parece haber nada excepcional para un bienestar general o para un logro mediocre. Aparentemente no había tartamudos entre mis antepasados, de hecho, había un cantante ocasional u orador de reputación local.

Cuando nací, era un bebe normalmente saludable de 5,448 kilos, el sexto hijo de la familia y seis años menor que mi hermana más cercana. Mi madre tenía en aquel entonces 40 años y mi padre 45. Además de mi hermana de 6 años, tenía otra hermana de 12 y tres hermanos de 8, 10 y 14 años respectivamente. Física y mentalmente no había nada fuera de lo normal en ellos, excepto un nivel general de inteligencia que debo describir, sin parcialidad, como bastante por encima del promedio. Siendo bien alimentado y bien tratado generalmente, me desarrollé sin despertar la más mínima inquietud.

Creo que he mencionado suficiente para indicar lo que es pertinente: que mi herencia y nacimiento no fueron de ninguna manera espectacular y prueban poco en lo que concierne a mi defecto del habla, excepto que vine al mundo normalmente saludable y sano.

De igual manera, mi vida en el hogar no fue extraordinaria en ningún sentido. Mi padre era y sigue siendo un granjero y ganadero exitoso y sostuvo bien su familia; no tuvimos ninguna necesidad material y no tuvimos ni un poco de esas cosas que en zonas rurales se consideran lujosas.

En casa de mi padre, encontré la mente pionera, con su obsesión pragmática, con su preocupación por las cosas inmediatas, con su sentido práctico industrial. Pero si la casa de mi padre no hubiese sido urbana, como mínimo tendría dentro lo que sugeriría la anchura y la variedad de cosas del mundo hasta

el punto que el horizonte circundante no superaría a mi imaginación. La herencia del Viejo Mundo se había filtrado en la biblioteca, y allí, en los extensos volúmenes de la historia mundial y en las biografías de los grandes hombres, encontré una gran fascinación. Empujado por el ocio a causa de una herida grave, mi padre empezó a leer estos libros y se asignó a si mismo la placentera tarea de ampliar su número mediante la recopilación de volúmenes, principalmente interesado por la biografía y la historia. Él leyó, por supuesto, desde el punto de vista de quien se había dedicado a la lucha americana por mucho tiempo y disfrutó la mayoría de esos libros que sustentaron sus opiniones establecidas desde hace mucho tiempo. Si él se escondía, a veces, en hornacinas donde no se disfruta nada, sino de la belleza y la esencia intangible de la vida, siempre reaparecía en ese mundo cada vez más impuesto, que lo rodeaba y del cual él era parte. Él vivía en ese mundo de acuerdo a los principios establecidos a pesar de los libros que había leído.

Pero yo era joven. No tenía miedo a la casa pobre; la integridad de mi padre me llenó de abundancia. Yo leía y observaba generalmente desde el punto de vista de un joven que se empieza a dar cuenta de que el mundo está conformado por varias cosas y ninguna de ellas se puede apartar con tan rápido desdén. Durante mis primeros cuatro años, nada ocurrió en mi vida que fuese suficientemente importante para ser recordado o incluso preservado en las habladurías familiares, lo cual me llevó a la conclusión de que me desarrollé de una manera normal en esos años que fueron formativos y altamente importantes, es decir, de una manera convencional. Yo tenía aproximadamente cuatro años cuando mi padre me llevó a la biblioteca. En lo que respecta a mi mente joven, pude comprender lo que encontré allí, adquirí un conocimiento más o menos puro y nunca he olvidado que me encantó como tal. De una manera imprecisa, pude reconstruir la historia del Mundo Occidental, una historia magnífica para un niño aprenderla y para ponerlo a soñar. Pude ver el horizonte alrededor de la granja de mi padre y saber que más allá de eso y mucho más allá de eso, había gente como la que yo conocía y otra, tal vez, no como la que yo conocía y había “grandes

hombres” forjando imperios, como diría la frase sonora y frecuentemente repetida de mi padre.

Fue importante. Pero pocos años después, mis energías estaban dirigidas más y más lejos de la biblioteca y me puse más en contacto con el sentido práctico predominante, siempre pensaba que quizás en alguna parte las cosas eran distintas y tal vez mejores. Mi imaginación y curiosidad se despertaron de una vez por todas. Me rondaba la sospecha de que siempre cualquier pregunta tenía otro lado y esa sospecha significó dar riendas a un tipo de idealismo, una oposición a ese utilitarismo desenfrenado que involucra la aceptación pragmática de situaciones cuando éstas se presentan en cualquier momento dado.

En la medida que la tradición familiar pueda ser respetada, se puede decir que a la edad de cinco años, mi discurso era relativamente claro y fluido. La primera vez que apareció la tartamudez, era suficientemente leve y mis padres mostraron una indiferencia esperanzadora. Aparentemente nada se había hecho al respecto, excepto que consultaron casualmente al médico familiar, quien recomendó que yo no debía ser objeto de risa y abuso. La recomendación fue totalmente respetada por mi familia y me hicieron sentir que mi tartamudez no tenía ninguna importancia.

No recuerdo nada concerniente a mis primeras experiencias como tartamudo. Los recuerdos del momento que retengo en mi mente están relacionados con otros asuntos. Según lo que recuerdo, sin embargo, una indagación sobre la primera causa de mi tartamudez no dio frutos. Supuestamente no pudo ser atribuido ni a enfermedades o debilidades físicas, ni a ningún shock emocional. De hecho, aproximadamente hace dos años me sometí a un minucioso análisis psicológico con el propósito expreso de determinar cualquier alteración emocional, cualquier complejo reprimido, que pudiera haber sido la causa de mi dificultad y ninguna anormalidad de este tipo se encontró. Debo asumir que este análisis fue meticuloso, ya que se llevó a cabo en

aproximadamente un año y se terminó solo cuando se demostró que era inútil, de acuerdo a todos los estándares psicoanalíticos.

Mi padre me explicó que cuando yo comencé a tartamudear, “mi pensamiento se adelantaba a mi discurso”. Con su suposición concluía que mi habilidad para pensar las palabras se había desarrollado más rápido que mi habilidad para emitirlos. Parece ser verdad que ciertos casos de tartamudeo podrían ser explicados partiendo de semejantes bases; y los tartamudos de este tipo frecuentemente se les “desaparece esta dificultad del habla”, porque a la larga la habilidad del habla se pone al nivel de la habilidad de pensar. En mi caso, esta explicación probó no ser correcta, ya que la patología no desapareció, sino que empeoró. Ciertamente desarrollé un vocabulario considerable a una edad bastante temprana; tenía las herramientas verbales con que expresarme. Además, no son palabras grandes o largas las que me causan la mayoría de las dificultades, porque tartamudeo con todas las palabras, simples o complejas.

Mi madre explicaba que mi tartamudez era un “tipo de nerviosismo” y que por supuesto no tenía ninguna importancia. Esta es una explicación comúnmente encontrada entre los padres de hijos tartamudos. Las muecas de mi cara y los movimientos de mi mandíbula y lengua al tartamudear, sin embargo, no se confunden con los movimientos inquietos en los casos de inestabilidad nerviosa. Si existiera inestabilidad nerviosa en un tartamudo, sin duda alguna, tenderá a aumentar el tartamudeo a medida que tiende a aumentar la falta de control muscular. Pero eso no significa que la tartamudez sea “nerviosa”.

He dicho también, que yo tartamudeé porque temía hacerlo. Hablaré un poco más sobre esta teoría en el próximo capítulo. Un hermano mayor pensaba que yo tartamudeaba porque realmente quería hacerlo. Sencillamente esta afirmación no era cierta. Pavlov, en su trabajo sobre los reflejos de salivación en los perros, demostró que el deseo tiene muy poco que ver con los reflejos. Un gran flujo de saliva puede ser provocado sin existir deseo por la comida y un

pequeño flujo puede ser provocado cuando existe un gran deseo por la comida. La analogía puede ser casi aplicada directamente en el caso de la tartamudez.

Las observaciones diarias realizadas en tartamudos nos lleva a la conclusión que esta anomalía ocurre bien sea porque el tartamudo quiere tener la dificultad, porque no quiere tenerla o porque no le preocupa ninguna de las dos. Uno de los casos de tartamudez más críticos que he conocido fue el de un joven que simplemente no le importaba si tartamudeaba o no. Por lo general, los tartamudos no desean hacerlo. Sin embargo, sus deseos tienen muy poco que ver al respecto – aunque mi propia experiencia es típica.

Me interesa mucho señalar el hecho de que no se ha dado ninguna explicación satisfactoria relacionada con la aparición de mi dificultad. Me interesa porque he encontrado que es cierto que los padres, incluyendo los míos, generalmente tienen explicaciones bastante definitivas de tales asuntos. Los padres o los docentes han causado mucho daño debido a semejante dogmatismo. Escuché de un docente que llegó a la conclusión de que reprendiendo severamente a cierto estudiante cada vez que tartamudeaba, se podría obtener muy buenos resultados. Por supuesto, el pobre estudiante tartamudeó más y más. Pero el docente auto-satisfecho persistió con su ridícula creencia y probablemente causó serios daños en la vida esta persona. No habría sido más absurdo para él, haber agarrado un cuchillo y hacer un corte en la lengua del estudiante (una práctica bastante común de hace muchísimas décadas). Es mucho mejor admitir ignorancia donde existe ignorancia que insistir con conocimientos donde no existen. Lo mínimo que puede ocurrir cuando los padres insisten que saben que es lo que está pasando con sus hijos tartamudos es que ellos demoran poner el caso en manos de expertos por ponerlo en manos de otros o de ellos mismos.

Mis recuerdos del momento en el que comencé a tartamudear abarca casi exclusivamente el hecho de que dediqué una parte de mi vida a aprender las

reglas básicas de las tres R, y que disfruté el tiempo empleado de esa manera. Por otra parte, debo aceptar la afirmación familiar de que yo era un joven activo con una disposición agradable; lo último, sin duda, es más o menos cierto, pero no puedo recordar ser castigado por mis padres. El hecho de que era un joven activo significa que a la edad de los cinco años, era robusto físicamente y no había tenido ningún registro de enfermedades. Es bastante cierto que una gran parte del tiempo jugué solo ya que mi hermana más pequeña era seis años mayor que yo. Un vecino de mi misma edad vivía aproximadamente a 800 metros y muy rara vez jugamos juntos. En virtud de esta vida de juego semi-solitaria, no solamente fueron adquiridos ciertos hábitos sociales con anticipación tal vez, sino que algunos no de tipo social comenzaron. Habiendo adquirido a muy temprana edad la verdad de que podía jugar placenteramente solo, tanto en la biblioteca como afuera, estaba preparado para adquirir un grado de independencia personal, pero sin ningún desdén de compañerismo necesariamente. Simplemente me había concientizado a mi mismo como un individuo claramente un tanto apartado de los demás, aunque parecido a ellos. Podría haber sido cierto que mi defecto de habla tendió a acentuar este individualismo.

A la edad de seis años, entré a mi primer grado de la escuela pública de Roxbury, a más de tres kilómetros de mi casa. Roxbury era un pueblo de cien habitantes de mentalidad rural. Que yo sepa, ha tenido una población de cerca de cien habitantes desde pocos años después de su fundación en 1872. Todavía tiene una población de aproximadamente cien habitantes. Son más o menos los mismos cien habitantes. El pueblo está todavía ubicado a 16 kilómetros del ferrocarril y de la carretera más cercana. Situado en una encrucijada de una pequeña cuenca con el horizonte circundante bastante parecido al borde de un plato, se disfrutaba de una gran paz y tranquilidad. En una época algunos de los vaqueros menos éticos cabalgaban como locos siguiendo el viento y disparaban sus armas por doquier y ocasionalmente un fuego en la pradera hacía de la noche un horror y del día un infierno. Una vez hubo indígenas en la cuenca. Pero todo eso fue hace mucho tiempo y hoy día podría haberse casi olvidado, si no fuese por

los pobladores más viejos que entre dientes cuentan ciertas historias una y otra vez.

Yo disfrutaba ir a la escuela. Estudiaba y jugaba con entusiasmo. Por aproximadamente un año había estado tartamudeando levemente, pero tanto en la escuela como en casa aparentemente nadie le prestaba mucha atención a mi defecto de habla. Cuando estaba todavía en el primer grado, mi maestra intentó pasarme de una vez al segundo grado. Luego ella decidió no hacerlo debido a mi tartamudez, lo que marcó mi primera realización de tartamudez significativa como parte de mi mismo. Yo estaba preparado para entender que era un handicap, una comprensión, a propósito, en la que las circunstancias nunca fueron para repudiar. Puedo recordar uno o dos momentos vagos cuando, después de aquel incidente, estaba triste y desconcertado porque no podía hablar como los otros niños; fui a mi madre una o dos veces y lloré por el incidente. Ella hizo por mí más de lo que ella hubiese sospechado, simplemente siendo bondadosa. En su mayor parte, sin embargo, no debo haber sido conmovido por el asunto para nada como gravedad filosófica. Estudie arduamente y jugué con entusiasmo con los otros niños y niñas y fui feliz. Mis compañeros de juego nunca me ridiculizaron cuando tartamudeaba, y frecuentemente cuando me bloqueaba con una palabra, alguno de ellos la decía por mí y así conversaba con ellos casi en los mismos términos. Mi maestra me trataba con una comprensión asombrosa y era responsable principalmente de la actitud de los alumnos hacia mi defecto. Siempre le estaré agradecido.

Durante los primeros años de mi vida escolar continué teniendo una buena salud y satisfacción. Podría bien haber sido cierto que mi salud y mi capacidad para ser superior tanto en el patio de recreo como en el salón de clases contribuyó mucho a hacerme insensible a mi defecto. Pues, aunque la tartamudez en sí debió haber sido dolorosa, la vida como un todo fue placentera. Cuando fui un poco más grande, se me permitió más libertad en el verano para jugar con un vecino, que era un buen compañero de juego y toleraba perfectamente mi defecto de habla, a pesar de que está relacionado con mis recuerdos más remotos de

bochorno a raíz de mi habla defectuosa. Sin duda alguna este defecto me hacía sentir inferior a él – e inferior solo por el hecho de mi tartamudez. Tal vez cuando tenía ocho años de edad, esta actitud general de mi parte se había vuelto complicada en mis relaciones con otros niños. Como resultado de mis experiencias, gradualmente comencé a considerar mi tartamudez como algo para ser cancelado o de alguna forma despojado de su odiosa importancia. Había tomado conciencia cada vez más de que cualquier favor que disfrutara entre mis amigos, lo ganaría principalmente por mi actuación en el patio de recreo, una genialidad bastante constante, y por mi posición en clase. Por consiguiente, comencé a cultivar deliberadamente mis habilidades en atletismo y en las áreas académicas; le presté atención a la educación recibida en casa y en la escuela; en las reuniones diarias con mis jóvenes compañeros se evidenció que el camino más fácil de relacionarse es el de buena conducta. La vida no me enseñó a creer que era conveniente hacer enemigos. Mi tartamudez me forzó – y lo que encontré en la biblioteca de mi padre me estimuló- a pensar que el mundo podría haber sido diferente. Comencé temprano a soñar de una manera especial. Tal vez, lo más importante que soñé fue en lo que podría convertirme y forjé los cimientos de esa utopía que era ser cada vez mejor y en la cual yo no debía tartamudear y debía ser feliz con las cosas que podía hacer – haciéndolas mejor de lo que otros pudieran hacerlas.

Una de las cosas significativas que haría en esa utopía sería escribir. A esa edad temprana, me di cuenta que podía expresarme mejor mediante la escritura que mediante mi entrecortada expresión oral. Siempre que mi tartamudez persistía, yo vencería sus propósitos dañinos. Mis designios me hacen recordar los de Demóstenes, aquel héroe antiguo de todos los tartamudos, que luchó contra su defecto de habla hasta convertirse en el más grande orador de Atenas. La limitación de mi capacidad de expresión solo sirvió para concentrar e intensificar el deseo de expresión. Traté de estimular mi lengua colocando pequeñas piedras debajo, tal como lo hizo Demóstenes, pero el intento fue en vano; a la edad de ocho años supe que quería ser escritor, el más grande, el

mejor y todos estos años he persistido en ese deseo, con variados y ligeros grados de éxito literario, pero con una gran gratificación personal.

Estas cinco etapas de desarrollo que he bosquejado – escolaridad, atletismo, creación de la utopía, escritura y genialidad – crecieron en gran medida por mi defecto de habla, o fueron afectadas considerablemente por dicho defecto. De hecho, toda ambición que había considerado como una aversión, ha surgido en cierta medida de mi tartamudez. No se debe pasar por alto, por supuesto, que cada una de estas etapas podrían haber sido incluidas implícitamente en mi desarrollo pre-tartamudez, pero solo en la medida que las condiciones no relacionadas con la tartamudez las expliquen, son en un sentido restringido irrelevantes para este estudio.

Además, bastante a pesar de cómo nacieron estas diversas tendencias en medio de las ambiciones, es la actitud hacia ellas la que me enseñó a asumir que es de suma importancia. Por ejemplo, aunque podría haber sido un jugador de básquetbol incluso habría tenido tanta labia como una persona que llama en un tren, cierto es que yo consideré la habilidad para el básquet desde una perspectiva diferente a las de mis compañeros de equipo del liceo. Aunque no hubiera tartamudeado, podría haber salido de la biblioteca de mi padre con inclinaciones académica y literarias, pero no debo haberlas considerado como ningún tipo de compensación por mi defecto de habla. El hecho imperativo es que en estas líneas he considerado mis habilidades como compensación por mi incapacidad para expresarme adecuadamente a través del habla. He sido marcado por la tartamudez no solamente como un ser humano, sino también como un estudiante, un escritor, un atleta, un soñador y una criatura social y creo que me justifico diciendo que en gran parte porque he tartamudeado soy una clase particular de persona.

Si no pensaré que este hecho fuera importante para nadie sino para mí, debería destruir inmediatamente estas páginas y no escribir más. Pero sé que hay

millones de tartamudos, que tienen padres y maestros, hermanos y amigos que tratan desde un punto de vista externo y sin esperanzas de entenderlos, indudablemente. Además, existen tartamudos que están desconcertados por su propio problema. Incluso los patólogos del habla no están seguros de que un defecto de habla se refiera al sufrimiento individual de la patología, y si ellos supieran su trabajo, podrían ampliarlo significativamente. Si solamente un tartamudo fuera lo suficientemente franco y explicara lo que la tartamudez representa como un hecho de la vida, creo que inevitablemente se obtendrá un beneficio considerable. Y esa es la razón por la que estoy haciendo esta tarea, que es para mi desagradable y gratificante a la vez.